

LA ESTIRPE DEL AIRE: PROMETEO ANTE EL ESPEJO

El poeta, fiel a insomne costumbre, se contempla a sí mismo en el retiro de su habitación, en ese instante sin tiempo de la noche en que los demás duermen, para aprehender la luz del conocimiento con el único reclamo de su soledad encendida permanentemente en la palabra. No es cierto, Valéry, que los dioses faciliten a los poetas, a los verdaderos poetas que aún permanecen en pie sobre la tierra, el primer verso y que los demás versos que hayan de acudir a su reclamo sean tan sólo asunto suyo, oficio y cosa de coser, pescar y cantar, sino que es el poeta -el hombre, la mujer poeta- quien ha de adentrarse en la intrincada y caótica selva del lenguaje para, en su fondo y por sí mismo, buscar en la naturaleza del ser (agua, tierra, fuego, luz) la plenitud del poema, reconociéndose desde el primero al último de los versos, esto es, en la razón de su existencia: tanto la propia como la de todo el universo habido y por haber que él también hace suya, tal un combatiente irreductible frente al tiempo y sus conjuras. ¿Qué hacemos aquí?, se pregunta el poeta. ¿Y cuál es el propósito? ¿Hay acaso un propósito? ¿Y cómo y dónde descubrirlo? ¿Existe en verdad dios? ¿Y esos tales dioses que conceden versos como un maná bíblico y espiritual acaso existen? ¿Y para qué? Desde que el mundo es mundo y desde que el hombre desmesuradamente lo habita, deslumbrado por el ansia primigenia, asediado por las sombras de una conciencia enajenada frente al espejo cóncavo de la vida y sus misterios, el hombre, con el poeta siempre en primera línea, se pregunta a sí mismo y a un dios eternamente ausente le pregunta, desatando con rabia el grito de Dámaso Alonso, por qué se pudre tan lentamente su alma y por qué también la humanidad, nuestra humanidad en pleno, se pudre irremediabilmente en el fondo de esta prisión en la que todos purgamos condena y luchamos por salir al precio terrible de la angustia, la desesperanza, la locura y el miedo. ¿Qué nos queda entonces como recurso posible de supervivencia? La palabra, sin duda. Siempre nos quedará la palabra para afrontar el castigo de Sísifo y el tormento de Prometeo, nuestra condena por haber pretendido saber. Parafraseando a otro gran poeta, yo digo que podemos perder la vida, el tiempo, la voz en la maleza y también el amor, que es al cabo sublimación de nuestra soledad proyectada en el otro, pero siempre, siempre, nos quedará la palabra. La palabra limpia, la palabra clara y solidaria, la palabra que rompe fronteras y barre mentidas conciencias. Y sin embargo... ¡ay, la palabra, la pobre palabra tan manipulada hoy, tan mortificada, asediada,

malversada y prostituida por el podrido interés y la infamia de políticos sin nombre ni ojos, por tantos periodistas cínicos y otros adláteres intelectuales de la cosa suya que no hacen otra (cosa) que reproducir en forma de edulcorados argumentos la voz de su amo, el que les da de comer con las manos manchadas en la codicia con la sangre, la ruina y la miseria ajenas!

Bartolomé Nieto Munuera, Tolo, es, por encima de cualquier otra condición, poeta, y no precisamente lo es porque él afirme que la poesía es “la línea más corta entre dos puntos” (entre el alfa y el omega, habrá querido decir) sino porque, a pesar de su escasa producción, con títulos como *Ribera de la entropía* y *Del laberinto al treinta*, ha conseguido lo que otrora consiguiera Juan Rulfo con su *Pedro Páramo*: escribir la obra, singular y única que, por más que la buscase, él nunca encontraba en las estanterías de su poblada biblioteca. De ahí que terminara por escribirla. En la cantidad, ciertamente, no está el gusto ni aun menos la excelencia. Bartolomé Nieto, Tolo, es poeta y por ello a los que nunca hemos dejado de leerlo, a quienes rastreamos siempre sus huellas de luz, él nos coloca desnudos frente al espejo para que, por todos y en cada de sus versos, nos sintamos reflejados como lo que en verdad somos (¿y volveremos acaso a ser?): criaturas del aire condenadas a satisfacer en la tierra la deuda contraída con el tiempo, el único dios verdadero, el que da y el que quita, el que ha de venir y no tardará (aunque siempre está), el que nunca nos abandona ni siquiera más allá de la muerte, que no es nostalgia juanramoniana de la vida sino verdad de otra vida verdadera repetida hasta el infinito en la conciencia (¿en la memoria?) del cosmos. Somos de la estirpe del aire y al aire (¿contaminado aquí, en la Tierra?) hemos por tanto de regresar. ¿Dónde buscar entonces a Dios que no sea en nosotros mismos? ¿No es acaso Dios una proyección del hombre, de su fragilidad, de sus anhelos, de su abnegado sueño de inmortalidad? En el despertar, Dios, los dioses (el hombre, digo) ya van al encuentro de los álamos... Así el poeta nos abre de par en par las puertas de su alma, así nos franquea el paso hacia el interior de *La estirpe del aire*. Estructurado, pues, en un “Introito”, dos actos (“Prometeo encadenado” y “Arquitecto de sombras”, en este orden) y un “Epílogo”, el libro se concibe como un drama al que parezca que el autor le haya amputado el desenlace, su final (acto 3º), para incumplir fielmente con la clásica regla de las tres unidades. Pero eso le importa, valga la expresión, una figa al bueno de Bartolomé Nieto, porque a él de sobra le consta que el hombre, y sus obras, no son en sí unidad ensimismada, no son la imagen del parónimo ni aun menos de la aliteración, sino

diversidad y cambio constante, lucha sin tregua por ser algo más que el destello, y corolario, de un loco obediente, de un pez esclavo en la pecera de la existencia o bien por ser el mismo delirio del cartógrafo del miedo, según delata el poeta en versos respectivos de una contundencia tan poderosa que nos cortan, cuanto menos, la complaciente respiración de las emociones, tan hipersensibles y livianas ellas.

Es *La estirpe del aire* un poemario que supone otra vuelta de tuerca en la percepción de la realidad humana, con una carga lírica de tal intensidad, con tanta fuerza visual en todos y cada uno de sus versos que los mismos devienen en la forma de un aleph a través del cual se puede contemplar la “traición de destinos” que son nuestra cruz, la jarra de todas nuestras desgracias y también el águila implacable que, al despertar a la luz arterial, cada día nos arranca el hígado, el que en el principio fuera genésico núcleo del fuego purificador. Por todo ello, no resulta nada arriesgado (ni petulante) afirmar que *La estirpe del aire* no solo se lee sino que también se visiona, como una serie de fotogramas desplegados en el espectro de la luz vencida, como marcas y signos de un tiempo del que inútilmente pretendemos despojarnos por nuestro desdoblamiento en esencia natural, arrancada del Alma Absoluta, y, a la vez, en cosa emponzoñada por la ignorancia y el dolor rubeniano de ser vivo.

¿Y entonces? Entonces nada. Relajémonos y pensemos. Aún nos queda mucho camino por recorrer, si es que antes el espejo no se rompe en mil pedazos.

Miguel Ávila Cabezas

Ceuta, febrero de 2014